Recensiones

HISTORIA DE LA IGLESIA

REY FAJARDO, JOSÉ DEL, S. J., *La República de las Letras en la Babel étnica de la Orinoquia*. Academia Venezolana de la Lengua, Caracas 2015, 696 pp. ISBN: 978-980-268-025-2. 191

El P. José del Rey Fajardo es un jesuita zaragozano que ha trabajado en América desde su noviciado. Además de desempeñar la docencia universitaria en Bogotá y Caracas, ha sido fundador y rector de la Universidad de San Cristóbal en Táchira (Venezuela). El P. Del Rey no necesita presentación para los estudiosos de la historia de la evangelización de América. Sus trabajos históricos se han centrado especialmente en la obra cultural y religiosa de la Compañía de Jesús en el Virreinato de Nueva Granada, que incluía las actuales naciones de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. Tres son los temas fundamentales de estas investigaciones: la obra educativa realizada en los colegios y en la Universidad Javeriana, la acción misionera con los pueblos indígenas en las reducciones de la Orinoquia, y la obra cultural y bibliográfica de los jesuitas en aquellas regiones hasta su expulsión en 1767. El P. Del Rey es académico numerario de la Academia de Historia de Venezuela, y académico correspondiente de la de Colombia. El reciente nombramiento como numerario de la Academia Venezolana de la Lengua realza, a nuestro juicio, el buen estilo literario de sus exposiciones históricas y el contenido de sus investigaciones sobre las lenguas indígenas. El libro que presentamos del triple académico es una ampliación de su discurso de recepción en la citada Academia de la Lengua.

El título de la obra *La República de las Letras en la Babel étnica de la Orinoquia* enlaza tres realidades relacionadas con el argumento: la geografía, el factor humano y la perspectiva de esta historia. La geografía es *la Orinoquia*, las extensas tierras surcadas por el gran río venezolano, alimentado por caudalosos afluentes. Este inmenso río es la espina dorsal de amplísimas regiones como los Llanos, la gran llanura que penetra en Colombia, tierras míticas de clima tropical, bellas y terribles, difíciles y despobladas. Las grandes regiones ribereñas del Orinoco eran espacios amenazados por las incursiones de los Caribes desde el oeste, y por los ataques de los bandeirantes portugueses desde el sur. En este teatro geográfico de la Orinoquia y de los Llanos instalaron los jesuitas

las reducciones desde mediados del siglo XVII, a imitación de las que habían organizado en Paraguay. Las de Orinoquia eran mucho más dificultosas que las del Paraguay, por el medio geográfico y por la condición de los nativos. El título del libro resume estas dificultades denominándolas *Babel étnica*. Los pueblos de la gran Orinoquia formaban una encrucijada de pueblos o naciones, que malvivían desperdigados en las selvas en agrupamientos muy pequeños. La Babel étnica equivalía a una Babel linguïstica, que supuso nuevas dificultades para los misioneros. El título comienza precisamente aludiendo a *La república de las Letras*. Los misioneros procuraron transformar las etnias de aquella geografía en *República,* en agrupamientos civilizados, bajo el punto de vista económico, religioso y cultural. La obra civilizadora se designa con la expresión *República de las Letras*. Una expresión que se justifica como deferencia del autor a la Academia de la Lengua, y como indicador del tema preferente en esta obra, en la que se explica la lengua y literatura de los indígenas por los datos que nos dan los misioneros. En el mismo título se nos adelanta, por tanto, la tesis del libro: la Compañía de Jesús fue capaz de promover en las tierras y pueblos difíciles de la Orinoquia unas comunidades civilizadas, que en algunos aspectos culturales podían denominarse República de las Letras. Por desgracia, aquel intento naufragó con la expulsión de los jesuitas en 1767.

La obra se compone de dos partes. Primero se ofrecen dos preámbulos introductorios (*Introducción* y *Pórtico*) que abarcan más de cien páginas (p. 3-105). A continuación viene la obra propiamente dicha, dividida en 6 capítulos (p. 107-626), que concluyen con la lista de archivos y bibliografía (p. 627-692). No podemos descender a pormenores de una obra tan rica. No limitamos a señalar los hitos principales de su contenido.

En la *Introducción* se presenta la obra de las reducciones como una utopía. En el mundo nuevo del Renacimiento los misioneros soñaron con la construcción de una república cristiana en los pueblos nuevos recién descubiertos. La realidad fue muy distinta, pues alternaron encuentros y desencuentros. Los primeros misioneros, especialmente los franciscanos y dominicos, pretendieron lograr una república carismática, en sustitución de la encomienda. El intento fracasó, y como sustitutivo se implantó otro modelo, la república institucionalizada, que obtuvo resultados satisfactorios en las reducciones clásicas de los jesuitas.

El *Pórtico* desarrolla, en nueve apartados, líneas maestras y marcos conceptuales para situar la historia de las misiones jesuíticas en Orinoquia. Entre los marcos más sugestivos se menciona la transformación del indígena selvático, que se convierte en indígena civilizado al recibir tres improntas en su personalidad: súbdito del rey de España, ciudadano de un municipio e hijo de la Iglesia Católica. De ese modo se fue forjando la base de una nueva identidad de la nación venezolana. Aunque el proceso germinal de Venezuela como nación arranca de las sucesivas separaciones de Santa Fe de Bogotá (Intendencia en 1776, Capitanía General en 1777, Audiencia de Caracas en 1793, Arzobispado en 1803, conciencia de autonomía en 1810, independencia en 1821), es indudable que los precedentes de esa nacionalidad arrancan en los siglos anteriores, desde que en

1662 se hizo el reparto de zonas misionales. La presencia de los jesuitas en cinco grandes regiones tendrá una importancia decisiva en la configuración cultural de la actual Venezuela.

El núcleo de la obra se desarrolla en seis capítulos. El 1º está dedicado a las fuentes. Los capítulos 2º y 3º se ocupan de los protagonistas del encuentro: indios y misioneros jesuitas. El capítulo 4º analiza las dificultades del encuentro. El 5º se centra en un aspecto especial y poco conocido de ese encuentro: las «literaturas indígenas». El capítulo 6º viene a ser una recapitulación de los temas anteriores a través de la vida y obra de cuatro grandes misioneros que nos dejaron preciosos testimonios sobre los indios venezolanos y sus lenguas.

El capítulo 1º sobre *las fuentes documentales e historiográficas* nos sorprende por la variedad e importancia de esos documentos, que tenían carácter internacional por el origen de los misioneros. Sus escritos prestan atención a lo local y vernáculo, elementos aptos para crear identidades. El autor pasa revista a los géneros y autores de esas fuentes. Las historias misionales arrancan en el siglo XVII (Pellepart, Mercado, Martínez Rubio, Beck), y se continúan en el XVIII (Juan Rivero, José Cassani, José Gumilla y el Hermano Agustín Vega), a los que seguirán, a partir de 1767, los escritores que padecieron la expulsión y exilio, con la eminente figura del sabio lingüista italiano Felipe Salvador Gilij. A estas fuentes se añaden los memoriales e informes de los provinciales y superiores. Las cartas edificantes y curiosas fueron otro género, muy cultivado y divulgado en Francia, que tuvo su imitación en Alemania (*Der neue Welt-Bott*) y en otros epistolarios europeos (flamencos, italianos y checos). Contienen esas cartas las observaciones tecnológicas de muchos misioneros, preocupados por el progreso social, sanitario y educativo de los pueblos evangelizados. La literatura necrológica era un complemento de las cartas anuas. De ella surgieron las antologías de los *menologios*, redactados por naciones, que en España se denominan *Varones ilustres*, con un apéndice dedicado a los jesuitas del Nuevo Reino.

Los capítulos 2 y 3, dedicados a los protagonistas de esta historia, constituyen la parte más amena del libro por el tema y estilo. El capítulo 2º está dedicado al *indio llanero y orinoquense*. Es una valiosa aportación antropológica y etnográfica de las numerosas naciones misionadas por los jesuitas primero en las selvas y luego en las reducciones. Eran pueblos sin memoria histórica, sin escritura, calendario ni aritmética, sin templos ni edificios públicos. Su retrato moral dejaba bastante que desear, aunque tenían también sus virtudes. Eran dóciles, pacientes y frugales. Eran capaces de entender, aprendían pronto las lenguas, los oficios y las artes, especialmente la música. Se nos describe su aspecto físico, sus adornos, su reducido ajuar, su dieta sobria, sus danzas, cantos, juegos y ritos funerarios. También se da noticia de las formas de propiedad de la tierra, y de los trabajos de caza, pesca y roturación de campos. El piaché era como el sabio de la tribu, que ejercía las funciones de los brujos y curanderos. Según el P. Gilij las cuatro innovaciones que favorecieron las reducciones eran las escuelas, las artes y oficios, los animales domésticos y el cultivo de los campos.

El segundo gran protagonista es *el misionero*. Fueron en total 154 los jesuitas que trabajaron en las reducciones de Casanare, Meta y Orinoco. La cuarta parte eran extranjeros, el resto eran españoles o criollos. El autor estudia la sólida preparación intelectual de aquellos hombres formados en la *Ratio Studiorum*, que les capacitaba para abrirse a otras lenguas y culturas. Su formación espiritual se fundaba en los *Ejercicios Espirituales*, que les enseñaban a discernir y a señalarse en el «magis». Las dificultades que tuvieron que superar al principio eran enormes: viajes interminables a través de ciénagas bajo la lluvia, hambres, riesgo de fieras y culebras, molestias de mosquitos, inseguridad constante y, sobre todo, la inmensa sensación de soledad. Las penalidades de los primeros misioneros eran peores, según uno de ellos, que las de los galeotes. Los testimonios de algunos misioneros volantes (José Cavarte, Gaspar Beck, Cristóbal Rüder, Antonio Castán, Alonso Neira, Julián de Vergara o Manuel Román) nos ofrecen un aguafuerte sobre la realidad de la aventura misionera. Incluso cuando las reducciones estaban establecidas, persistía la inseguridad por los ataques de los caribes, aliados con europeos esclavistas de la costa. La guerra con la nación caribe desde 1733 hasta 1744 causó estragos en las misiones del Orinoco, que tuvieron que retirarse a Casanare, donde se fortificaron. Las vivas descripciones que nos ofrece el autor, con textos de los mismos misioneros, ayudan a desmitificar la leyenda dorada que a veces tenemos de las reducciones. Las de Orinoquia, al menos, lejos de ser un paraíso, fueron una gesta heroica soportada con virtud, aguante y paciencia por los misioneros.

El capítulo 4º se dedica a *los difíciles caminos del encuentro*. Para conseguir aquel encuentro los misioneros siguieron cuatro pasos: el idioma, la búsqueda del indígena, el contacto cultural con el mismo, que se iniciaba con el «mirray», y el contacto definitivo a través del cabildo o municipio de las reducciones. En el libro se explica con detalle cada uno de estos encuentros. Había muchas lenguas repartidas en grupos muy pequeños y dispersos. El misionero tenía que buscarlos y atraerlos, en expediciones que emprendía con ayuda de algunos indios y caciques. El primer contacto se realizaba en un acto ceremonial, llamado «mirray», donde el cacique declamaba su perorata, a la que solía responder el misionero. El encuentro se hacía definitivo con la instalación de las reducciones. Era la alternativa mejor para el indígena que, de otra manera, quedaba condenado a la inseguridad o a la esclavitud.

La «cultura reduccional» se impuso mediante acciones e instituciones que favorecían el bienestar del indio reducido. Entre ellas hay que destacar en primer lugar la educación humana y cristiana de la juventud: escuela e iglesia. Era una cultura artesanal, que capacitaba para ejercitar oficios y artes. Una cultura de subsistencia que aseguraba el sustento por la agricultura y ganadería. Y una cultura cívica, asentada en poblados con urbanismo, viviendas, edificios públicos y asistenciales; y gobernada en municipios que favorecían la convivencia social respetando a los viejos caciques e instalando nuevas autoridades locales. A estos rasgos de la «cultura reduccional», se añadía una importante función

geopolítica, pues las reducciones cumplían el servicio de frontera. Las de Orinoquia afrontaron la guerrilla fluvial y selvática de los caribes, alentada por holandeses, franceses, ingleses y suecos, y contuvieron la invasión portuguesa de los esclavistas. De esa manera enseñaron a los nativos a amar y defender su propia tierra. La nueva identidad se consiguió principalmente por la educación, que transformó en pocos años a la población.

El capítulo 5º, *Introducción a las lenguas indígenas*, desarrolla la primera vía del encuentro con «el otro». El autor nos inicia en un tema propio de especialistas, con atención especial a las fuentes jesuíticas. El conocimiento de la lengua era el primer requisito para acceder al indígena y el mejor camino para conocer su cultura. El primer nivel era el vocabulario (diccionario). Sobre él se alzaba la belleza de la palabra (literatura), desde los refranes hasta las leyendas y canciones. Los misioneros trataron de rescatar las tradiciones de los indios por el estudio de sus lenguas: «la obra lingüística desarrollada por los jesuitas neogranadinos en casi media centuria estaba avalada por la ingente producción de gramáticas, diccionarios, catecismos, pláticas de doctrina, poesías y canciones populares, es decir, que conocían perfectamente la filosofía de los instrumentos literarios aptos para adentrarse en el mundo real e imaginario del mundo indígena» (p. 397). El autor respalda esta afirmación con abundancia de citas. Describe el trasfondo literario de los primeros encuentros en los discursos de dos «mirray», el celebrado en 1664 entre el P. Alonso Neira con un cacique de los achaguas, y el de 1733 entre el P. Gumilla y los caribes del bajo Orinoco. La catequesis favoreció la literatura del encuentro, pues con ella se desarrolló una labor doctrinal admirable a través de los sermones, cantos, procesiones, oraciones y misas, que solían proclamarse en las dos lenguas (ejemplo de ello son los textos sobre la creación del mundo, que publicó el P. Gilij, en lengua maipure y en lengua temanaco, con su versión española p. 413-417). Se conservan también relatos de leyendas (El Dorado, las Amazonas) y explicaciones míticas sobre el cielo, el hierro, la lluvia o las estrellas. Los jesuitas franceses nos dejaron preciosos testimonios cuando se instalaron en la costa del Caribe (1653-56). Los españoles encontraron una Babel lingüística en el Orinoco, que hace más meritoria la labor de los misioneros «lenguaraces» y su interés por transmitir las reliquias de las literaturas indígenas. El autor, que ha escrito un libro sobre este tema (*Nosotros también somos gente*, 2011), nos ofrece ahora datos bibliográficos abundantes sobre el tema (p. 439-455).

El capítulo final es un estudio biobibliográfico de *las cuatro personalidades claves para la visión jesuítica de la filología colonial venezolana*. El francés Pierre Pellepart fue el primero que, en 1655, con la publicación de *Relation des Missions* dio a conocer en París los espacios geográficos del occidente venezolano entre el Orinoco y el Amazonas y de la cosmovisión del mundo Caribe insular y continental. Sus noticias sobre la lengua de los Galibis contienen la gramática y vocabulario.

El leonés Alonso de Neira (1635-1706) transmitió su experiencia misional directa en contacto con los hombres y la cultura de la nación achagua, en el Llano de Casanare, a los que misionó durante 45 años. Las historias de Rivero y Cassani lo muestran como gran fundador de pueblos. Su obra escrita en latín, castellano y achagua ha desaparecido en gran parte, aunque se ha conservado el arte y vocabulario que escribió sobre esta última lengua.

El valenciano José Gumilla publicó en Madrid, en 1741, *El Orinoco ilustrado*, una obra que encaja con la apertura a las ideas y ciencias de la Ilustración. Además de ser superior, explorador y misionero, fue escritor incansable de filología, historia, memoriales y cartografía. Cultivó la filología indígena, pues trabajó al menos cinco lenguas, aunque dominó principalmente la lengua betoye, en la que consta que escribió manuscritos de gramática, vocabulario, catecismo y pláticas.

El italiano Felipe Salvador Gilij fue uno de los expulsados en 1767. Su obra *Saggio di Storia Americana* (1780-84), fue pronto traducida al alemán y al español. Es una valiosa aportación histórica, antropológica y lingüística. Sus conocimientos en este campo otorgan a Gilij un puesto de honor en las ciencias lingüísticas mundiales.

Esta obra del P. José del Rey es de las que no se improvisan. Puede decirse que es el fruto de un trabajo científico cultivado durante sesenta años. Todas las afirmaciones y comentarios están sólidamente documentados, como lo demuestran las 2.358 notas a pie de página, el elenco de 13 archivos consultados y la bibliografía selecta y especializada con los nombres de no menos de 150 autores (p. 627-692). Muchos de ellos engloban bajo su nombre buen número de obras, empezando por el autor, que cita 50 de sus obras, publicadas desde 1958 hasta hoy: edición de fuentes, estudios sobre jesuitas relevantes como Gumilla o Gilij, monografías sobre colegios e instituciones, obras complexivas como los 6 tomos de la historia de los jesuitas en Venezuela y numerosos temas culturales, educativos y lingüísticos. Esta obra sobre la Orinoquia puede considerarse como la actualización y el resumen de muchos años de investigación. MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

BURRIEZA SÁNCHEZ, JAVIER, *Letras Descalzas. Escritoras y lectoras en el Carmelo de Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid, 2015, 313 pp. ISBN: 978-84-96864-95-5. 196

Javier Burrieza cultiva, entre sus especialidades, la historia cultural y religiosa durante la Edad Moderna. Dentro de este campo ha dedicado trabajos muy originales y bien documentados a la espiritualidad femenina, en estudios de carácter sociológico y en monografías sobre la vida conventual de Valladolid. En 2013, con motivo del 150 aniversario de la presencia de la Orden de la Visitación en la ciudad, publicó un libro memorable: *El Claustro de las Salesas*. En este año, 2015, al cumplirse el quinto centenario de Santa Teresa, nos ha regalado otro libro precioso: *Letras Descalzas*.